

ALBAN DOLD: **Das älteste Liturgiebuch der lateinischen Kirche.** — Ein altgallikanisches Lectionar des 5./6. Jhs. aus dem wolfenbütteler Palimpsest-Codex Weissenburgensis, 76. Beuron, 1936. CII-98 págs.

El presente volumen de la prestigiosa colección de los Benedictinos de Beuron "Texte und Arbeiten", es interesante no solamente como trabajo muy digno de tenerse en cuenta para la historia de la liturgia, sino también por su relación con la historia del texto bíblico.

Se trata, según su autor y como reza el título mismo, del libro litúrgico más antiguo de la Iglesia latina, escrito a fines del siglo V o principios del VI. Antes, fácilmente se concedía esta primacía cronológica al leccionario de Luxeuil, que MABILLON descubrió en 1682 y publicó tres años más tarde en su *De Liturgia gallicana* (M. L. 72), aunque en forma muy incompleta. Hace pocos años (1931), el P. RADO, O. S. B., publicó en *Ephemerides Liturgicae* un trabajo titulado *Das älteste Schriftlesungssystem der altgallikanischen Liturgie*, en el que, comparando el sistema de perícopas bíblicas de este leccionario con el de otros de la Iglesia occidental, llegaba a la conclusión de que el de Luxeuil (siglo VII) era el prototipo del sistema galicano. El P. DOLD viene a reclamar esta prerrogativa para el Codex Weissenburgensis 76, que se conserva en la Biblioteca Ducal de Wolfenbüttel, y hasta supone que de él dependen, siquiera sea medianamente, los demás leccionarios no sólo galicanos, sino también mozárabes y milaneses.

Es un códice escrito en unciales del siglo VII, que contiene el *De vita contemplativa libri III*, que antes se atribuía a Próspero de Aquitania y hoy a Juliano Pomerio, el maestro de Cesáreo de Arlés. Pero su interés principal se cifra en la escritura antigua que precedió a la actual, ya que se trata de un códice palimpsesto. KNITTEL y TISCHENDORF se habían ocupado ya de él, pero sin mucho detenimiento. DOLD, en cambio, trata de sacar de él todo el partido posible, presentando en CII páginas el método seguido para la reconstrucción del antiguo leccionario, y dando luego en otras 70 el texto mismo, aunque limitándose a las perícopas bíblicas y omitiendo los epígrafes y las rúbricas. Después dedica un apéndice a algunos fragmentos del Sacramentario de Salzburgo.

Las dificultades con que el autor ha tropezado para descifrar y ordenar las páginas del palimpsesto son las conocidas en esta clase de trabajos, aunque aumentadas por el carácter fragmentario que el texto bíblico reviste en un libro litúrgico, y que obliga a plantearse a cada paso el problema previo de la identificación del lugar bíblico. Para ordenar los folios no poco le ha valido una curiosa observación: algunos folios tuvieron 26 líneas y otros 28; como los amanuenses, en el curso de su trabajo, aumentaban a veces el número de las líneas de cada página a fin de ahorrar pergamino, el autor ha deducido que los folios de 26 líneas pertenecen al comienzo del leccionario. Verdad es que ha podido contar con la reproducción fotográfica obtenida con rayos ultravioleta; pero, a pesar de todo, el raspado perfecto de algunos folios y el uso anterior de reactivos, que emborronan la fotografía, ha hecho que en muchas ocasiones sólo algunos fragmentos y aun letras aisladas hayan podido ser descifrados con seguridad. Las lagunas que así han quedado, y que son muy numerosas, han sido llenadas por él, estudiando con paciencia benedictina la extensión del espacio en blanco y su mayor o menor conveniencia con diversos textos tomados de la Vulgata o de Santos Padres o de otros textos litúrgicos, que tenían que coincidir con las letras sueltas que de cuando en cuando se habían podido salvar en una línea.

Este es el trabajo principal del libro, que aparece ampliamente justificado en las páginas XVIII-LXXXV. Si hemos de dar nuestra opinión sobre él, no podremos menos de admirar un trabajo tal llevado a cabo a lo largo de 100 folios palimpsestos, y que solamente contando con el rico material coleccionado en la Abadía de Beuron puede realizarse. Sin embargo, no hemos de ocultar nuestra extrañeza de que para el estudio de un leccionario, que se dice influenciado por España, no se empleen más testigos del texto bíblico español que el Turonense, el Misal Mixto Mozárabe de Cisneros, el Comes Toletano, editado por MORIN, y el Salterio Mozárabe.

El texto así reconstruido pertenece, por regla general, a la Vulgata, pero en ocasiones conserva no pocas reminiscencias de la Vetus Latina, y en otras francamente presenta una versión prejeromiana.

Fijándose en que las lecciones del Génesis correspondientes al ciclo pascual ofrecen un texto críticamente bueno de la Vulgata, deduce el autor que todos los demás textos tomados de la Vg. en este leccionario deben tener esa misma bondad crítica. Esta conclusión no nos parece legítima. El hecho de que unas perícopas pertenezcan a la Vulgata y otras no, prueba suficientemente que el leccionario no se compuso todo de una vez, copiando de una misma Biblia cada una de las perícopas, sino que es el resultado de la sucesiva superposición de diferentes estratos de formación independiente. Es decir, que los diversos oficios han sido compuestos por autores distintos, los cuales, al poner el texto bíblico de su oficio, lo transcribían de la Biblia que ellos tenían a mano: unos tenían la Vetus Latina y otros tenían la Vulgata, y asimismo unos pudieron tener un buen texto de la Vg., y otros otro texto de la Vg. menos bueno.

Las perícopas de las epístolas paulinas y de los Evangelios conservan reminiscencias de la V. L., sin que pueda a veces precisarse si se trata de un texto de la Vg. con reminiscencias de la V. L., o de la V. L. contaminada por la Vg. Especial predominio alcanza la V. L. en los Hechos y las Epístolas de San Pedro y I Jo., y francamente le pertenecen el Cántico de Habacuc y un centón de textos de los Prov. En general, por lo tanto, predomina la Vg. en el A. T. y la V. L. en el N. T.

El estudio de la ortografía y la afinidad con el Lux. le llevan a la conclusión de que se trata de un libro de origen francés, aunque las coincidencias con los libros litúrgicos mozárabes le orientan hacia el sur de Francia, adonde más fácilmente pudo llegar el influjo español. Lo mismo queda confirmado por la observación de las coincidencias con algunos Santos Padres, especialmente del mediodía de Francia. Lo que no vemos por ninguna parte es que se pruebe la suposición, hecha al principio del trabajo, de que los leccionarios mozárabes y ambrosianos deban depender de éste.

Finalmente, publica el autor el texto bíblico del leccionario, por el mismo orden que en el códice tiene, y sin aparato crítico, que ya se dió en las páginas anteriores. El texto suplido por el editor va en letras cursivas, de manera que fácilmente se puede distinguir del transcrito sobre el palimpsesto. Es un buen trabajo, que nos permitirá establecer fácilmente la comparación con el texto bíblico de nuestros libros litúrgicos.—*J. Enciso.*